

CUERPO A CUERPO

TEDIUM VITAE

E D I T O R I A L

CUERPO A CUERPO
Crónica de luchas cotidianas

DIANA SOLÓRZANO

Colección: APUNTES

Primera edición, 2024

Copyright © 2023 Diana Solórzano

D.R. © 2023 Everness S.A. de C.V.
Av. Hidalgo 1769, Ladrón de Guevara, C.P. 44600
Guadalajara, Jalisco, México
www.tediumvitae.com

Diseño editorial: *Estudio Tangente, S.C.*
Corrección y cuidado de edición: *Lurdes Asiáin Córdoba y Rogelio Villareal*
Prólogo: *Alberto García Ruvalcaba*
Diseño de portada: *Maricris Herrera | Estudio Herrera*

ISBN: 978-607-99402-1-8

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio material o electrónico sea o no con fines de lucro, sin la autorización escrita del titular del Copyright.

Hecho en México / *Made in Mexico*

ÍNDICE

- 9 / PRÓLOGO por Alberto García Ruvalcaba
 - 11 / Adicta a los chongos
 - 15 / El nudo de Atlacomulco
 - 20 / Mi lento caminar
 - 21 / Vencida, pero no cansada
- 24 / Crónica de un domingo desordenado en tiempos del coronavirus
 - 28 / ¡Aguas!
 - 31 / Divagaciones de un lunes cualquiera
 - 34 / El toc en medio de la pandemia
 - 35 / Un orgasmo diario
 - 38 / Mis musas son las energías básicas
- 42 / Clásico Chivas-América en tiempos de pandemia
 - 44 / Implementando nuevas rutinas
 - 46 / A un año y un mes del covid-19
- 49 / La llanta ponchada en tiempos covidicos
 - 53 / Mi cuerpo es un casino
 - 55 / El nido vacío
 - 58 / Los bolis del verano
 - 61 / Mi hijo en condición de calle
 - 63 / Una persona me odia
 - 65 / Noticias del encierro
- 69 / Pregunta de Marina en tiempos del coronavirus
- 70 / Qué gran responsabilidad es ocuparnos de un ser vivo
 - 73 / La pacientita
 - 76 / Quiero ser una buena desidiosa
 - 79 / Mi mes de septiembre de 2021
 - 81 / Taquicardia y covid
- 84 / El cigarro como *security blanket*
 - 87 / Tejuino vs. coronavirus
 - 91 / Vivir y morir en el caos
 - 93 / Mota hipster
 - 95 / Volveré, vive Dios que volveré
 - 98 / Y siguen las historias de la luz
 - 103 / Ropa de segunda
- 106 / Cuatro amigas, cuatro días a la playa
- 109 / Diálogo con uno de mis amados doctores
 - 111 / “¿En qué año nació?”
- 114 / En tiempos del covid, las musas no llegan
- 118 / De la serie “Conversaciones escuchadas en el tianguis”
 - 119 / Culpas recurrentes
 - 121 / Los nísperos

- 124 / Diciembre y el recuento de daños
 130 / El famoso sexto piso
- 133 / Lucha cuerpo a cuerpo contra una mariposa negra
 136 / Pensamiento mágico y el *Sugar Daddy*
 137 / Ya no sé qué opino de nada
 139 / El "Instant Karma" no funciona
- 141 / Querido diario (en tiempos del coronavirus)
 146 / Viajar con la nariz
 153 / Engordar en época de crisis
 158 / Fiesta *hippie*
 163 / Demasiadas explicaciones
 165 / Ganas de discutir
 168 / El broche de oro
 169 / Horario de verano
 171 / Aguas negras con cloro
 176 / I will survive
 179 / La lagartijita muerta apesotosa
 181 / Mi vida con las Barbies
 187 / Las fiestas que me gustan
 190 / El cuerpo manda
 193 / Pésima vendedora de botas
 196 / Los adultos deberíamos decidir
- 198 / Algunas reflexiones de mi caminata diaria
 202 / Tengo nuevo teclado
 205 / Lucha cuerpo a cuerpo
 208 / Madrugar
- 210 / En esta crisis, mi celular es la ventana
 213 / Me perdí en un bañito
 217 / Él
 219 / No es por ofender, pero...
 220 / Los caracoles y su baba
 221 / Pedir a gritos reguetón
 225 / Respirar bien
 228 / La muerte de los perros
 229 / Escuchado en un baño público
 230 / Tema serio en modo *light*
 233 / Miércoles saludable
 236 / Una rara oferta
- 238 / Las tormentas de Guadalajara
 242 / Vida interior
 245 / No entiendo los números
 247 / You are a pussy
 250 / "Viera qué a gusto"
 254 / Los atractivos condones

PRÓLOGO

El lector de este libro advertirá de entrada que su autora, Diana Solórzano, piensa de manera peculiar, que nació cableada de forma inédita, sintonizada en otra frecuencia. Después, podrá apreciar que Diana goza de una singular y aguda percepción de lo cotidiano: ella ve cosas, a ella *le pasan cosas*, que a nosotros no. Por último, conocerá la lógica, a la vez pragmática y extravagante, que gobierna su conducta.

Ahora bien, ¡qué decir de su *estilo*! Es casi posible sentir cómo los breves textos que forman *Cuerpo a cuerpo* están naciendo frente a nuestros ojos, de botepronto, sin premeditación de estilo, sin rebuscamientos efectistas, sin artilugios retóricos. No hay frases complejas en él y, sin embargo, apuntan hacia situaciones cuya complejidad no habríamos observado sin su ayuda. Son autobiográficos y escritos con una ingenuidad desprovista de las afectaciones del escritor profesional, textos que hacen contacto inmediato y natural con el lector.

Me atrevo a afirmar que su estilo es clásico: el lenguaje transparente al servicio de la realidad.

La única obligación de un escritor es ser encantador. Seducir al lector y estimular su circuito de dopamina. Diana —no sé cómo— lo logra siempre. Por ello este libro puede usarse en dosis terapéuticas también como antidepresivo.

ALBERTO GARCÍA RUVALCABA

ADICTA A LOS CHONGOS

Mi nombre es Diana Solórzano y soy adicta a la nieve de chongos.

Yo misma no lo sabía, reconozco que siempre me habían gustado los chongos —para quienes no los conocen, es un postre de leche, azúcar y canela, cuyo proceso desconozco, pero quedan como algo sólido, quizá como algo elástico, de una irregular y fea forma; me parece que en realidad no son muy atractivos a la vista—. Dicen algunas personas que, al comerlos, sienten que les rechinan los dientes; son de color amarillo dorado y no siempre saben igual, los caseros saben muy diferente a los de lata. Para mí, los de los dos tipos son una delicia y tienen el azúcar suficiente como para provocar un coma diabético.

Hace algún tiempo se puso por mi casa una nevería, de esas hechas a la antigua, de las que hacen las famosas nieves de garrafa, y son mis favoritas, menos cremosas que las

gringas y el sabor mucho más natural, tanto las de fruta como las de leche.

Todavía recuerdo el día, hace como un año, en que vi anunciada la nieve de chongos. Pedí una probada, y así como dicen que sucede con la heroína, en ese momento quedé enganchada. No solo pedí un vaso grande para comérmelo directamente ahí, sino que pedí un litro para llevarlo a la mi casa.

Tenerla en el congelador fue una especie de lucha entre mi voluntad y mi súbita adicción. Por supuesto, ganó el pecado, toda la tarde me la pasé abriendo el congelador y sacando poco a poco probaditas, contando las calorías y llegando a acuerdos conmigo misma, como: “Si me como un platito más, ya no ceno”, o bien: “Me acabo este y no compro otro en un mes”, “Ya nunca voy a comprar un litro, nada más el vasito más pequeño”, y así, entre diálogo y diálogo, me acabé hasta la última gota.

Para hacer esto todavía más difícil, hay un restaurante al lado de esa nevería, que es mi lugar favorito para salir a comer, y voy tanto que los de ahí me permiten llevar mi propio postre para acompañar el café, y sí, adivinaron, es un helado de chongos del establecimiento vecino.

Además, tengo otro vicio, peor aún por todo lo que implica: me fascina fumar mientras me como un helado —eso sí,

me gusta con nieve de casi cualquier sabor, esa combinación de humo con algo cremoso y frío es como una especie de droga dura—. Sé lo dañino que es para la garganta esa mezcla, pero, como buena adicta, aun sabiéndolo, lo vuelvo a hacer.

No entiendo el porqué de esta debilidad, en general soy muy buena para hacer dietas, o por lo menos para cuidarme, pero con esta nieve pierdo siempre. Lo único que me ha funcionado es no pasar cerca, no verla, no recordarla, no pensar en ella.

Como si algún dios me escuchara, están haciendo arreglos tremendos en las calles de esa zona y es intransitable, están cerradas las vías a la nevería. No me lo van a creer, pero así como si estuviera en una zona de guerra, entre la tierra y los bancos de arena, vigas y maquinaria, me hice paso y logré llegar al lugar de mi perdición. Algunos días atrás se había terminado y fue muy dura esa etapa de abstinencia forzada.

Ayer, cuando llevaba ya casi una semana de portarme bien respecto a la comida, desde lejos le grité al despachador de nieves: “Oiga, ¿y ya hay de chongos?”. El muchacho me conoce tanto que nomás contestó preguntando: “¿Uno o dos litros?”.

A lo más que llegué con mi fuerza de voluntad, fue a pedir uno solo. Vinieron amigos a comer y la saqué, por lo menos se fue la mitad, pero en la noche, en una reunión de puras

mujeres donde todas prometimos llevar pura cosa dietética... yo, faltando a todo, saqué la que quedaba.

Hubo quejas, casi gritos: “¿Por qué la compraste?”, “Tú dijiste que nada calórico”, “Creo que ya se está derritiendo, mejor nos la comemos ya”. Todas, como negando con la cabeza, pero sabiendo que no lograríamos nuestro objetivo, como poseídas por algún ser maligno, le llegamos directo, sin protocolos, sin platitos, a cucharazo limpio, hasta que terminamos con ella.

Estoy escribiendo esto como forma de terapia de contención para no ir en este mismo instante por otro litro más, ya no tengo argumentos que darme a mí misma. Debo ser fuerte, lo sé, pero si alguno de ustedes ha estado enganchado con algo o con alguien, es adicto a cualquier ser o cosa, sabrán lo que me está costando.

EL NUDO DE ATLACOMULCO

—Fíjense, a la hora de llegar al nudo de Atlacomulco, es como un trébol, pero si te equivocas acabas en Valle de Bravo, no que sea un mal lugar, pero vamos a la Ciudad de México y vamos en hora pico, así que todos listos —eso dije entrando al Estado de México y sabiendo que cualquier error nos podría costar entre cuarenta minutos y una hora, lo cual era una pena, ya que llevábamos un tiempazo y un ritmo de viaje sabroso y divertido. Comiendo, parándonos a fumar, oyendo musiquita y plática con risas.

El famoso “nudo” está hecho para que te confundas y pares un poco, ya sea para asegurarte de que vas bien o para echarte en reversa, cosa prohibida, y eso pasó, pero fueron tan solo cinco metros. —Ni modo —nos dijo Alberto mientras manejaba—, me voy a ir despacito para entrar por la buena.

En cuanto dimos la vuelta, ya estaban ahí los federales, esos como policías a medio camino entre militares y jefes de tránsito. Formalmente vestidos, azul marino de pies a cabeza, posición de firmes con las manos en la cintura y con lentes oscuros, ahora hasta con cubrebocas; imposible saber si son los buenos o los malos de la película. Para mí siempre han sido los malos y les tengo pavor; hagas lo que hagas, ellos ganan, sobre todo dinero.

—Orílese, jefe —le dijeron a Alberto en lo que él preguntaba cuál era el problema—. Orílese y se lo explicamos —todavía parecía que iban en son de paz. Desde el asiento de atrás, mi hija nomás nos decía:

—Quieren dinero, no les den, solo es cosa de paciencia, vamos viendo qué nos dicen.

—Me da sus papeles, licencia, tarjeta de circulación y verificación de engomado —traíamos lo primero, pero lo último ni le entendimos. Nos dijo, después de revisar la camioneta, que nos faltaba una calcomanía de la verificación y que si no la traíamos, o algún papel alusivo, se llevarían la camioneta al corralón. Eso, a media carretera, entrando a la Ciudad de México y con el sol de la una de la tarde, nos pareció una invitación al infierno.

—Oiga, señor —dije yo—, estamos llegando de Guadalajara a traer a mi hija, y con todo esto del covid no fuimos a la verificación, porque todo está cerrado, pero todo está en orden —siguió el silencio y, viéndonos a los ojos, nos dijo:

—Está en la ley.

Sale el corrupto que todos llevamos dentro en momentos así y preguntamos:

—¿Y cómo le podemos hacer?, ¿nos puede ayudar?

—Pues la multa es de cinco mil pesos —nos dijo, sin que le temblara la voz—, o deme la mitad ahorita mismo y asunto arreglado.

—¿Cómo cree? —dijimos—, no traemos esa cantidad de dinero, mejor ya háganos la multa y la pagamos.

—Muy bien, pero se la doy en el corralón.

—Oiga, usted no se puede llevar nuestro carro, no hemos hecho nada y sí vamos a pagar la multa, nomás dénosla.

—Ya les dije, se las hago y se las doy en el corralón y allá se arreglan.

A estas alturas yo ya tenía ganas de llorar, saqué un billete de quinientos y se lo di, sintiéndome un vil perro. Me vio entre con risa y con coraje, casi con ganas de hacer berrinche, le habló a su jefe y con voz de llanto le oí decir:

—Mire, jefe, lo que me quieren dar, cómo cree que les voy a recibir esto.

Llegó el mero jefe, más amenazador, más prepotente, con voz más pausada y nos dijo:

—A ver, ¿cuál es el problema aquí?, ¿quieren que todo se solucione rápido y sin problemas?, o ¿quieren ir al corralón? Porque también podemos hacer eso.

Casi a coro contestamos que no, entonces nos dijo lo siguiente:

—Primero que nada bajan sus celulares, no quiero ninguno apuntando para acá.

Lo hicimos inmediatamente.

—Se orillan como se les indicó y la multa es de tres mil quinientos pesos, pero como queremos que todo salga bien y rápido se las voy a dejar en dos mil quinientos, pero ya, decidan. O sacan la lana, o al corralón.

En lo que nos orillábamos, yo ya estaba sacando el dinero. Furiosa, frustrada y sin entender qué estaba pasando. Alberto, que iba manejando, ya no decía ni media palabra. Zazil, atrás, con cara de que no era posible semejante atraco.

Pues así, con nuestras carotas de furia, les dijimos que por favor no nos cobrararan eso, que no habíamos hecho nada, que apenas íbamos camino a la ciudad y que no teníamos más. Nada los conmovió, nos atravesaban con la mirada y tendían la mano para recibir el dinero. Nosotros ya nomás atinamos a pedir nuestros propios documentos. Pagamos porque nos dieran nuestras licencias y tarjetas de circulación y por el miedo de que nos pusieran dedo. No hay modo. Estuvimos pensando durante buen rato qué se podría hacer y no vimos otra salida.

Si te ponen el dedo pagas porque pagas, aunque te sepas la ley. Es un asalto a mano armada y con amenaza de por medio —el corralón es una amenaza terrorífica, hay quienes

sí lo han aceptado, sale carísimo, tardado y de todos modos te multan por lo que se les ocurra, es una de esas situaciones sin buen fin para uno.

Tuve ganas de decirles cosas como: “Oiga, de veras que los tienen bien hambreados, ¿verdad?”. O, ¿esta es su chamba regular?”. También: “Oiga, ¿y como cuánto sacan diario mor-diendo gente?”. En fin, miles de preguntas y respuestas que se me iban ocurriendo mientras la furia nomás no se me bajaba. Tuve que pensar que era una película. O que se me había caído el dinero en la calle; o que, en efecto, nos habían asaltado.

Zazil llamó a su papá y le dijo:

—Nos asaltaron en la carretera —el pobre, casi a gritos nos preguntaba si estábamos bien, tardó en entender que no fue asalto tal cual, sino que fue una multa administrativa.

En realidad, sí fue un asalto, sí fue arbitrario, sí fue por no hacer nada, sí fue con lujo de fuerza y de armas, sí estamos a expensas de esa gente y no estoy segura de si se puede hacer. Aquí no se trata de policías y ladrones, no... los policías son los ladrones. ¡Qué pesadilla!